

EL VELO DE ISIS IX
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
Aladino y la lámpara maravillosa

Esta conocida historia de Aladino, nombre cuyo significado literal es el de *Nobleza y/o gloria de la fé*, el joven chino huérfano de padre. Este cuento fue incluido en las mil y una noches, es de origen sirio, de la ciudad de Alepo, y posee varias simbologías, que compartiremos hoy.

La primera nos remite a la ausencia física de Padre, lo superior, aquello que llamamos divinidad o Dios, pero en la que confiamos y amamos. La viuda, es la madre Tierra, donde realizamos nuestras experiencias y aprendemos a madurar y en la que hacemos el compromiso de nuestra iniciación.

La historia nos habla de la pobreza y la riqueza. Aladino es pobre y se fía de un desconocido que le asegura ser pariente suyo por parte de Padre, aunque en realidad lo que busca es utilizar su inocencia y sencillez, para conseguir un lámpara maravillosa oculta en una cueva, en lo profundo de la tierra, pues sabe que puede entrar pero no salir de ella, ya que captura a quien trata de robar sus tesoros. El conocimiento nos otorga poder. Antes de entrar en la cueva, el mago hace con él un pacto-compromiso mediante un anillo, y para levantar la losa que abre el acceso a la cueva, tiene que asir la argolla que es de cobre, símbolo de Venus, el amor. Mensaje que nos indica que cualquier empresa ha de tener como inicio, el amor por ella.

Pasa por tres salas, símbolo de unir los polos positivo-negativo, padre-madre, etc. para lograr una creación, puesto que están repletas de riquezas que no debe tocar, y abre la puerta final que le da acceso a un maravilloso jardín, en el cual está ardiendo la lámpara maravillosa, que ha de dejar sin luz para sacarla de allí.

Cuando quiere salir el Mago le pide primero la lámpara, Aladino sospecha de que trata de abandonarlo a él, y se queda con la lámpara, mientras llora y gime pidiendo ayuda para salir, es así que al unir sus manos, sus opuestos, roza el anillo, y descubre el genio que posee, que le ayuda a salir de la cueva, a lograr riqueza e incluso el amor de la princesa Bradulbudur, con la que se casa. Su primer éxito en la vida.

El Mago logra engañar a la esposa de Aladino y recupera la lámpara, dejando a Aladino sin nada de lo conseguido. Esto hace que él entre en su primera crisis existencial y desarrolla su auténtica fuerza interior, reflexionando y utilizando los medios que posee, que en el cuento es el anillo, símbolo del compromiso, que hizo con el Mago, recuperando así todas sus posesiones.

Hay tres aspectos en éste cuento: el primero comienzos bajos, sin madurez, el segundo éxito rotundo y confianza en que esto es para siempre, tercero pérdida y a la vez madurez interior tras la crisis que siente, lo que le lleva a recuperar lo perdido, utilizando la misma arma que el Mago había utilizado con él y liberándose de su poder e influencia.

Cada uno de nosotros ha de resolver sus problemas, reflexionar ante lo que nos ocurre y actuar, por la reflexión obtenemos las armas que nos llevan a la acción.

C.E.A.

EL VELO DE ISIS
Capítulo IX

Comienza el libro de los “genn” terrestres con el gran mito de “aladino, o la lámpara maravillosa”

El verdadero significado del nombre de Karim o Mirak, que figura en las versiones anteriores de El libro del Pescador, y su relación con el nombre de Alad-dhín o Aladino.—Los dos buceadores, por tierra y por mar, del gran Misterio de lo oculto.—El Anillo salomónico y la Lámpara maravillosa.—El hijo de Mustafá el de “los shastras” iniciáticos.—La Piedra Cúbica que cierra el paso al mundo de los jinas.—El palacio y el jardín encantados, su Lámpara y su Anillo.—Seduciones de la astral.—El genio encerrado en el Anillo.— Véase Aladdin transformado en el sér más poderoso del mundo.—La celeste princesa Badrul-Budur y el ciego amor de Aladdin.— Escena de amor y de magia.— Un tema ya tratado en otros pasajes del gran libro.—La espada de la castidad.— Las cuarenta bandejas de oro, llenas de joyas.—Construcción del Palacio de las Maravillas.—Se desposan la princesa y Aladdin.—Las doce nuevas lámparas de cobre y la vieja Lámpara.—Mágica desaparición del Palacio.—Prisión y condena a muerte de Aladdin.—El joven vaga errante en busca de su esposa.—Es transportado mágicamente desde la China al Mogreb.—Aladdin disfrazado de pastor.—Envenenamiento del mago africano.—La vieja Fátima y el hermano de este gran perverso.—La sala de las 24 ventanas y el huevo de Ave-roc.—Comentarios históricos y ocultistas acerca de todos estos extremos del admirable mito.

Comparando entre sí las doce versiones principales que hemos dado acerca de El Pescador, surge pujante un nombre excelso para este notabilísimo personaje que inicia la gran obra de Las mil y una noches en todas cuantas traducciones de ésta conocemos. Dicho excelso nombre dado al Pescador que saca a luz los grandes misterios sepultados o sumergidos es siempre el mismo en el fondo, aunque sus variantes resulten infinitas, según la variedad misma de las versiones, razón por la cual se nos impone el hacer una previa investigación acerca de semejante nombre, para enlazar el ya dicho “Libro del Pescador” con los que han de seguirle en el curso de estos comentarios.

La versión primera de las que llevamos dadas, llama al pescador “Kerim” o “Karim”, palabra aria que, leída en bustréfodo, o sea a la inversa y al modo semítico, nos da la de “Mirak” o “Al-Mirak”, anteponiéndole el consabido artículo árabe, con su consiguiente equivalencia en castellano de “hombre prodigioso, hombre admirable”. Tan admirable, que la versión segunda le llama “Califa”, por antonomasia, o sea, el nombre adecuado a su excelsitud, nombre que en la versión tercera ya es el de “Mohamad” o “Mahatma”, el de alma grande, significación, por supuesto, idéntica a la del nombre de Mahoma. Asimismo el héroe bíblico del que nos hemos ocupado al dar la versión cuarta, es el típico de “Tobías” o “Tobíos”, acerca de cuya posible procedencia griega primitiva y siempre excelsa había no poco que decir.

Continuando en nuestra investigación vimos también que en la versión quinta del notable cuento, el Pescador es un sér tan excelso y perspicaz que es capaz de advertir la falla de una simple escudilla de agua en el Mar de Esmeralda, y en la sexta, un sér tan idealista y tan enamorado de la divina princesa Jazmina que, por un solo y casto beso de esta última, símbolo siempre del Espíritu Inmortal del hombre, se muestra desafiando a las más horribles torturas y hasta la muerte misma. En la versión séptima, a su vez, surgen tres hombres superiores de los tres mundos, tres “Abdalah” o “Aladinos”, como el que vamos pronto a ver, y en la versión octava otros tres de análoga etimología fundamental: Abd-Salam, Abd-Mahad y Abd-el-Shamad, tres shamanos o cultivadores de la Religión del Espíritu,

hijos los tres de Omar o “Amar”, que es “Rama” en bustréfodo o leído a la inversa, gentes elevadísimas también, como lo es, pese a sus pobres apariencias, el “Juan” “Io-agnes”, o literalmente “Cordero de Io”, que es otro de los nombres de “Rama”, “Ares” o “el divino Cordero” de la versión novena.

Finalmente, para no cansar más, en la versión décima, bajo pretexto de la pesca del misterioso cadáver del Tigris y del cuento por el visir relatado para salvar la vida al modo de Scheherazada, aparecen nuevos personajes, también de no menos excelsos nombres, a saber:

Schemseddhín-Mohamed, su hermano Nureddhín-Alí, su sobrino Bedreddhín (esposo de Beldad, Isabeau, o Isabel que hoy diríamos) y el hijo de éstos, “Ajib” o “Bija”, aparte de que Bergelmir es el Noé de los celtas.

Por todo esto, que se podría ampliar si tuviésemos que buscar un nombre simbólico y comprensivo de todos los relacionados con el Pescador, bien podríamos también llamarle Alad-dhin o “Alah-djin”, “el jina bueno”, “el hombre de Alah”, o sea el hombre protegido por Dios, como se ha visto, y protegido hasta tal punto que, gracias a él, se descubre el gran secreto del fondo de los mares, como ahora, en sucesivos capítulos, vamos a ver a otro Alahddjín Aladdhín o Aladino descubrir análogamente el gran secreto de las entrañas de la tierra.

Y es tan notable el paralelo entre estos dos buceadores del Misterio Oculto, que así como el ladino pescador que pesca los Vasos Salomónicos del saber, es tronco de toda una serie de mitos que distamos mucho de haber agotado con nuestras doce versiones, el Aladino que viene ahora a servir de tronco de otra serie no menos admirable de cuentos “pesca” nada menos que el Anillo Mágico Salomónico y la inextinguible lámpara Maravillosa, es decir, el secreto del Poder que hace luz en el misterio pavoroso de esas grutas iniciáticas aún no investigadas y cuya red inmensa se extiende bajo la corteza terrestre y se interna hasta la entraña misma del planeta y de su “Fuego”.

Pero, para guardar en ello el debido orden, detengamos aquí el comentario, y demos en esencia el clásico relato aladinesco, que es uno de los que más grabados han quedado en la mente de niños y de pueblos.

HISTORIA DE ALADDÍN, O LA LÁMPARA MARAVILLOSA

En la capital de un poderoso reino de la China vivía un pobre sastre, llamado Mustafá, con un hijo muy travieso llamado Aladdín, a quien dejó huérfano a los pocos años. Cierta día, en que el chico jugaba en la plaza con sus camaradas, acertó a pasar por allí un poderoso mago africano, quien, fingiéndose su tío y colmándole de atenciones y dinero, se le llevó consigo lejos de la ciudad hasta un extraño valle entre dos montañas. Una vez allí el fingido hermano de su padre, le dijo:

–He venido aquí, a China, desde África para ejecutar un gran designio por encima de cuanto pueden soñar los mortales, y te quiero hacer testigo de maravillas tales, que nadie haya visto sino tú. Enciende lumbre con este pedernal.

Y como el chico obedeciese, el mago echó sobre la lumbre cierto perfume que levantó densos humos negros, mientras que el viejo recitaba en voz baja fórmulas y conjuros que Aladdín, naturalmente, no entendió. No bien resonaron las tales palabras mágicas, cuando tembló la tierra y quedó al descubierto una cuadrada losa de mármol como de media vara con un anillo de bronce. Luego con halagos y promesas seductoras le dijo:

–Bajo esta piedra que ves yace un tesoro oculto, destinado a hacerte más rico que todos los reyes del mundo, pero a nadie más que a ti le es dado tocar a esta piedra y poner mano en el tesoro del subterráneo cuya entrada cierra. Para poder lograr tu intento es preciso que ejecutes lo que yo te diga, sin faltar un ápice, porque lo contrario tendría pavorosas consecuencias para ti y para mí. Tira, pues, de ese anillo, levanta esa piedra y métete dentro, pronunciando al par los santos nombres de tu padre y tu abuelo. Al final de la escalera oculta bajo la piedra, encontrarás, una tras otra, tres espaciosas salas llenas de oro y preciosidades, que te librarás muy bien de tocar, como tampoco a las paredes, porque de lo contrario te sobrevendría un gran mal. Al otro lado de la tercera sala abrirás una puerta que conduce a un espléndido jardín, y más allá a un templete en el que luce eternamente una maravillosa lámpara que cuidarás de apagar, trayéndomela al punto.

Al mismo tiempo que tal hablaba, el mago se quitó y puso en el dedo del joven Aladdín un misterioso anillo que le preservase, decía, de cuantos males le amenazaban, asegurándole, una vez más, que si cumplía rigurosamente sus órdenes, serían ricos para siempre. Aladdín obedeció; atravesó rápido las tres salas sucesivas; cruzó el jardín, sin hacer caso de las mil seducciones que sobre él ejercieran los tesoros inauditos que veía y se apoderó de la maravillosa lámpara, llegando con ella a la boca del subterráneo, donde el mago le esperaba impaciente.

–¡Dame la lámpara, hijo mío! –exclamó el viejo, antes de que Aladdín remontase a la superficie–. ¡Luego te daré la mano para salir!

–No –opuso el joven, guiado por secreto instinto–, se la daré tan pronto como me vea fuera. Establóse entonces entre ambos una gran porfía, que acabó por revelar al joven la perversa intención que animaba al africano mago, tanto que este último, exasperado ya, tornó a sus conjuros, y al punto la piedra, girando sobre sí misma, cerró de nuevo la entrada, dejando dentro al infeliz Aladdín, porque conviene saber que el infame viejo no era tal hermano de Mustafá, el difunto sastre padre de Aladdín, como, para seducirle y arrastrarle a la empresa había fingido, sino un hombre tenaz e inteligente, aunque perverso, que llevaba consagrados más de cuarenta años a la mala magia africana y con sus necromancias había conseguido descubrir los increíbles poderes de la maravillosa lámpara y el lugar remoto en que yacía oculta, realizando el viaje desde el Mogreb a la China sólo para apoderarse de ella, por la mediación de un inocente joven, como lo era Aladdín, ya que para la virtud de la inocencia todos los imposibles son posibles. Cuando el hechicero vió, al fin, frustradas sus esperanzas, precisamente al ir las así a realizar, no halló mejor partido que el de volverse a su guarida africana, para allí madurar su nuevo plan, olvidando que, para su desgracia, había dejado su anillo mágico en manos de Aladdín.

Volviendo, pues, a este último, diremos que, al verse así enterrado en vida, gimió,

lloró y llamó inútilmente a su falso tío, hasta que, convencido de su tristísima situación, bajó a tientas la escalera y siguió hasta el jardín, pero el muro del jardín, que sólo se había abierto al conjuro mágico hecho arriba por el viejo, aparecía ahora liso e impenetrable como el diamante.

–¡No hay más poder que el supremo poder del Señor! –exclamó Aladdín juntando las manos en actitud de súplica, en medio de aquellas cimerianas tinieblas; pero, al rozar inadvertido con el anillo, apareció un poderoso genio, al anillo sometido y que le dijo, tocando su cabeza al techo:

–¿Qué me ordenas? ¿Qué quieres de mí?

–Quiero –replicó Aladdín, sacando fuerzas de flaqueza ante aquel pavoroso monstruo– que me saques en seguida de este encierro, donde voy a morir.

Aquello fue tan pronto dicho como hecho, con lo que el joven se vió transportado en el acto fuera de la cueva, en el mismo lugar donde le había acaecido su aventura con el mago. La lámpara, oculta en su seno, no le había abandonado, ni caído tampoco de su dedo el prodigioso anillo, con lo que no hay que decir las maravillas realizadas por el joven luego que se vió al lado de su santa madre, quien ya le lloraba como a muerto.

Después de los primeros transportes de alegría el hijo refirió a su madre la increíble aventura, y para probarle su verdad, sacó de sus bolsillos las frutas cogidas en el jardín y que se habían transformado en otras tantas piedras preciosas. Luego le dió la lámpara en cuestión para que la fregase, pues que estaba muy sucia.

¡Cuál no sería la sorpresa de la pobre madre cuándo, al frotar la lámpara para restituida a su prístino brillo, se le presentó otro genio semejante al del anillo, dispuesto a obedecerle!

Aladdín, que ya sabía a qué atenerse sobre tales cosas, cortó el espanto de la madre pidiendo al genio, y obteniendo de él, los manjares más exquisitos, que el genio les sirvió al punto en opíparo banquete.

–¿De dónde viene tanta abundancia, hijo mío? –preguntó la madre volviendo del desmayo en que había caído a la espantosa aparición del genio, y poniéndose ambos a comer con el mayor apetito.

Pero la pobre madre, cobarde y supersticiosa, tuvo miedo de la lámpara, como de cosa del otro mundo, y, a pesar de los prodigios que había visto, se propuso venderla en seguida a un judío vecino, quien, por ínfimo precio, prevaleándose de la ignorancia de madre e hijo, le fue comprando también las bandejas de plata en las que el genio le sirviera aquella vez y otras varias sus mágicos y opíparos banquetes. Entrambos eran frugales y sencillos, por lo que, no obstante la protección del genio de la lámpara, continuaron su tranquila vida antigua.

Pero sucedió que cierta vez se pregonó por toda la ciudad, de orden del sultán, que todo el mundo se encerrase en sus casas al punto del mediodía, para que nadie viese al salir del baño a la sin par princesa Badrul-Budur. Aladdín, curioso como nadie, se propuso ver la cara a la princesa escondiéndose a la entrada del hammam. Así lo hizo, en efecto, para su daño, porque no bien hubo contemplado el celeste rostro de Badrul-Budur cuando quedó de ella perdidamente enamorado, tanto que, con temeridad notoria, exigió de su madre que pidiese para él la mano de la princesa. Conocedor ya, por el trato con mercaderes, del valor de las piedras preciosas, en que se habían transformado, como vimos, las frutas cogidas por él en el jardín encantado,

hizo que su madre se las ofreciese como rico presente al sultán. Éste, al ver las piedras, quedó pasmado ante su pureza, tamaño y hermosura, y al escuchar la petición de la mano de la princesa que la anciana le hizo para su hijo, en lugar de incomodarse, pensó que joven que enviaba por delante de su petición un tan regio obsequio tenía que ser un poderoso príncipe. Sin embargo, el astuto visir, que anhelaba casar a la princesa con su hijo, se dió trazas a que se aplazase la contestación por tres meses, y, entretanto consiguió que el sultán autorizase los desposorios, con la natural desesperación de Aladdín, el cual, viéndose perdido, se acordó de la omnipotencia del genio de la lámpara, al que evocó al punto frotando fuertemente ésta, y ordenándole:

–¡Esta misma noche, cuando la princesa Badrul-Budur vaya a acostarse con su esposo el hijo del visir, me los traerás a entrambos por los aires, dejándolos a mi completo arbitrio!

El genio obedeció con la mayor puntualidad, porque es sabido que para tales gentes los mayores imposibles se tornan posibles, y, al tiempo de ir a acostarse los recién casados, los trasladó en su lecho al cuarto de Aladdín, sin que se hubiesen hecho aún la menor caricia.

Éste, al punto, mandó al genio que encerrase en el retrete al sorprendido hijo del visir, que estaba como petrificado ante aquello, mientras que Aladdín, poniendo entre él y la princesa su sable desenvainado como garantía de respeto a su castidad, se acostó tranquilamente a su lado en espera del nuevo día. Antes de amanecer, el genio, por su orden, volvió a tomar a los recién casados, retornándolos por los aires a la alcoba nupcial, sin que éstos, para quienes el genio operador fuera siempre invisible, acertaran a explicarse poco ni mucho lo que les había acaecido.

La singular aventura se repitió igual los dos siguientes días, con lo que se produjo al fin gran revuelo en la corte del sultán, acabando por anularse el matrimonio aquel que a tan funestos extremos conducía. Más tarde, al expirar el plazo de los tres meses que el sultán se había tomado para contestar a la petición de mano hecha para Aladdín por su madre al regalar las joyas, plazo que habían ya olvidado tanto el sultán como el visir, Aladdín insistió en su pretensión: pero el sultán no se prestaba, como era natural, a conceder la mano, sin antes conocer las cualidades y la condición social del candidato; por lo que exigió para ello que éste le enviase de regalo cuarenta grandes fuentes macizas de oro llenas de las mismas clases de joyas que su buena madre le había presentado antaño y conducidas por cuarenta esclavos negros y otros tantos esclavos blancos.

Aladdín no tuvo que esforzarse mucho para lograr semejante bagatela. Le bastó entregar la lámpara y ordenar al sumiso genio de ella que al punto le preparase todo lo pedido. El sultán, experimentando el consiguiente asombro, se apresuró a concederle la mano de su hija, después que se le hubo presentado, gracias a la magia del genio de la lámpara, con un boato y una magnificencia no igualada por sultán alguno. Las dotes de cultura adquiridas por Aladdín en el trato con elevadas gentes, hizo el resto cerca del sultán, quien llegó a amarle tanto como a su propia hija. Pero él, astuto y previsor, se negó a celebrar los desposorios con Badrul- Budur hasta tanto que su genio protector no le hubo hecho un palacio más maravilloso que el del propio sultán. El genio, por su parte, como gozaba de un poder sobrehumano, en el intervalo de aquella misma noche alzó el palacio pedido, sin que le faltase absolutamente nada en decorado exterior e interior, amén de toda clase de servidores que son de rigor en tales palacios. Las riquezas del mismo en telas, oro, joyas, libros,

muebles, etc., no son para descritas, como tampoco el pasmo del sultán cuando desde las ventanas de su palacio se extasió ante semejante prodigio de ensueño, y más cuando visitó la tesorería del mismo, en la que había acumuladas riquezas como para cien reyes. El entusiasmo de la multitud ante el palacio no tuvo tampoco límites, y las bodas se celebraron con pompa, como ninguna otra en el mundo, siendo los esposos muy felices.

Pasaron así los años, y Aladdín llegó a ser el ídolo del reino por sus generosidades, su valor en una lejana guerra, su cultura y sus desvelos por los súbditos del sultán, hasta el extremo que éstos se acostumbraron a no jurar sino por su cabeza. En cuanto al mago africano, no se volvió a acordar de él, creyendo fundadamente que habría muerto de hambre o de miedo en el subterráneo; pero un día se le ocurrió, para saberlo con certeza, recurrir a su ciencia geomántica, trazando el correspondiente horóscopo, por el que vino a conocer que Aladdín, lejos de haber muerto, vivía poderoso, rico y feliz al lado de su princesa. Ciego de ira, exclamó:

–¡Ese miserable hijo del sastre ha descubierto el secreto de la lámpara; pero yo le haré perder todo ello, o pereceré en la empresa!

Volvió, pues, desde el Magreb a la China el funesto mago, abrigando las más negras intenciones. Ya en la capital de Aladdín, fuese a una de las más distinguidas casas del té, donde oyó ponderar las magnificencias de Aladdín y el modo verdaderamente mágico e inexplicable que había tenido de alcanzar la mano de la hija del sultán. Mezclándose en la conversación, hizo que le enseñasen el camino del palacio, y una vez frente de él, comprendiendo que todas aquellas grandezas se debían al genio de la lámpara, concibió su funesto plan; es a saber: aprovechar una de las ausencias de Aladdín con motivo de sus cacerías; proveerse de una banasta con doce preciosas lámparas nuevas de cobre y fingirse cambiante de ellas por las lámparas viejas inservibles, hasta conseguir así poseer la codiciada lámpara.

En efecto, el viejo mogrebín de allí a pocos días empezó a pregonar por las calles su comercio entre las burlas de los chiquillos y aun de los mayores, quienes le creían loco de remate al cambiar sus hermosas lámparas nuevas por las antiguas. Así llegó a las puertas mismas del palacio, y la princesa, al oírle, se acordó de la enmohecida y vieja lámpara que Aladdín, al partir para la caza, había dejado arrinconada en su estancia, cambiándola, incauta, por otra de las doce del taimado, el cual se apresuró, así que la echó la garra, a meterse la lámpara en su seno abandonando sus mercancías. Una vez en las afueras de la ciudad, le faltó tiempo para frotar la lámpara y exigir del genio que inmediatamente le fuese trasladado, el palacio con todos sus habitantes y objetos, desde la China hasta el África, dejando vacío el lugar que hacía años ocupaba frontero al palacio del sultán, como al instante fué hecho.

Cuando el sultán se levantó al día siguiente y vió vacío el sitio del palacio, creyó volverse loco de extrañeza, y, no dando crédito a sus ojos, hizo llamar inmediatamente a su visir, quien, a la vista del increíble suceso, le repitió:

–¡Ya le dije, señor, antaño, sin que me hiciese caso, que todo ello era cosa de magia y que había de acabar como tal!

El sultán entonces concibió tal rabia contra el engañador Aladdín, que mandó le trajesen prisionero y con una gran cadena al cuello al regresar de la cacería, condenándole inmediatamente a ser decapitado en la plaza pública. Pero eran tan grandes el cariño y la admiración que éste se había granjeado entre todos por sus liberalidades y su justicia, que el pueblo se alzó en su favor impidiendo la venganza

fatal, consiguiendo del sultán que le concediese un plazo de cuarenta días para recobrar a su esposa y al palacio y libertándole provisionalmente de su prisión. El desgraciado vióse así en las afueras de la ciudad, sin poder soportar la enorme carga de sus penas ni saber adónde dirigirse, por lo que caminó a la ventura, y al llegar a un río caudaloso, se arrojó sin vacilar a él para poner término a su desventura. Al caer, el instinto de conservación le hizo asirse a la punta de una roca, rozando inadvertidamente el mágico anillo que siempre llevaba en su dedo, pero cuyas salvadoras virtudes había llegado a olvidar, y al momento se le presentó el sumiso genio del anillo dispuesto a obedecer en lo que su dueño le ordenase.

–¡Trae otra vez a su sitio, sin demora, mi palacio con todo cuanto él alberga! –le dijo Aladdín al genio del anillo.

–¡No te puedo complacer, señor, porque es asunto reservado al genio de la lámpara! – respondió el del anillo–. Pero sí puedo llevarte donde el palacio se halla ahora.

Y así lo hizo en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de los miles de leguas que separan al Magreb de la China.

Aprovechando la obscuridad de la noche, Aladdín, después de haberse puesto a meditar al pie de un árbol acerca de sus planes, se llegó a la puerta secreta del palacio, donde llamó del modo que habitualmente solía hacerlo, viéndose al fin en los brazos de su amada, quien, anegada en lágrimas, le informó de cuanto en su ausencia le había ocurrido, a saber: la llegada del disfrazado mago, el cambio de la lámpara vieja por otra nueva, el traslado por los aires del palacio y su gente a aquel remoto rincón africano donde a la sazón se encontraban y las diarias visitas, seducciones y amenazas del mago encaminadas a vencer la fidelidad de la princesa. El joven no necesitó más, y, poniendo en práctica los sabios consejos de su amada, cambió su traje regio por una burda zamarra de pastor y fue a la tienda de un droguero, donde compró un veneno con el fin de que Badrul-Budur, fingiendo acceder, al fin, a las seducciones del mago, se le hiciese tomar en el banquete nupcial.

El mago cae así en la red que se le había tendido, y muere precisamente en el momento en que iba a dar cima a su plan; Aladdín se apresura a entrar en la cámara, a sacarle del seno la lámpara maravillosa que allí tenía ocultada y a evocar al genio de ella, ordenándole la traslación inmediata del palacio con todos ellos dentro, hasta restituirle a su asiento en la capital china, no lejos del sultán, quien no salía de su asombro al ver al otro día el palacio en su antiguo lugar y estrechar entre sus brazos a su idolatrada hija, a quien ya lloraba como perdida. El sultán pidió mil perdones a Aladdín por su conducta pasada para con él; pero este último le disculpó echando toda la culpa a las malas artes del mago africano, felizmente muerto ya.

Pero aún quedaba en pie otro hechicero quizá peor, y era un hermano suyo, si cabe más perverso y solapado, codiciador también de la maravillosa lámpara y dispuesto igualmente a dar al traste con toda la felicidad de Aladdín y los suyos para poseerla. Este grandísimo hipócrita manejaba como nadie el arte de la simulación; así que vió muerto a su hermano, apeló a su cuadrado geomántico para averiguar cuanto deseaba saber, y desde el confín del mundo en que vivía se puso en marcha hacia la China, donde tuvo noticias acerca de una santa mujer, llamada Fátima, célebre en todo el país por sus virtudes cuanto por sus milagros, especialmente en la curación instantánea de los dolores de cabeza. No necesitó más el funesto hechicero; fuese al agreste retiro de la santa aquella, y, amenazándola de muerte si no callaba, la obligó a que cambiase con él sus vestidos y le embijase todo el rostro hasta el punto de que, sin gran esfuerzo, pudiera tomársele por ella misma. Luego, el malvado la

asesinó y se presentó lleno de falsa piedad en la Corte, donde chicos y grandes la rodeaban con sus aclamaciones y súplicas creyéndole verdaderamente la asesinada Fátima, y así, en ausencia de Aladdín, pudo ser introducido cerca de la princesa Badrul-Badur, gran admiradora de los méritos de Fátima. La princesa llevóla, a la falsa Fátima, a la gran sala de las 24 ventanas, célebre por sus adornos prodigiosos, que los artífices de todo el reino no habían sabido antaño imitar en lo más mínimo.

–¡Es verdaderamente admirable el salón éste! –dijo la fingida, alzando por única vez hacia el techo su vista, siempre baja y solapada bajo su hipócrita pietismo–. ¡Es, sí, muy hermoso; pero para que estuviese completo le falta colgar en la cúpula un buen huevo de Ave-roc! ¡Con sólo esto último, el salón sería una de las maravillas del mundo, porque no tendría rival en salón alguno!

–¿Qué huevo y qué pájaro son esos, mi buena madre? –interrogó Badrul-Badur.

–El ave-roc, princesa, es un pájaro de tamaño portentoso que habita en las nevadas cimas del monte Cáucaso. El misterioso arquitecto de este palacio podrá proporcionaros, sin duda, uno –respondió el infame hechicero.

Convencida de ello la princesa, con esa eterna credulidad que la inocencia tiene hacia la piedad fingida de los perversos, se apresuró a pedir a Aladdín, al regreso de su cacería, que obtuviese del genio de la lámpara el huevo en cuestión, cosa que el complaciente marido solicitó a su vez del genio. Este último, al escuchar tamaña pretensión, dió un espantoso grito que hizo estremecerse al palacio hasta sus cimientos, añadiendo:

–¿Estáis loco, señor? ¿Queréis, por ventura, que traiga a mi amo y maestro y le cuelgue de esa cúpula para la desgracia de todos? ¡Bien se conoce que ignoráis la procedencia de tan absurdo consejo, hijo de un funesto hechicero disfrazado bajo el manto de la piedad!

Y el genio completó su revelación dando a Aladdín toda clase de detalles acerca de lo que contra él se tramaba por el hermano del mago disfrazado de Fátima. Aladdín, por su parte, fingiendo acceder a los deseos de éste, le mandó llamar y cogiéndola por la mano le hundió su puñal en el corazón, con gran espanto de su esposa, quien creía que al hacerlo asesinaba a una santa mujer, no a un enemigo del humano linaje.

De tal modo se vió libre Aladdín de aquellos dos funestos embaucadores, y heredando de allí a poco el reino, por muerte de su suegro el sultán, vivió feliz largos años al lado de su esposa la sin par Badrul-Badur, en medio del amor de todos sus súbditos.

COMENTARIOS

Poco esfuerzo tendremos que hacer en este comentario para probar que, al igual del mito de “El Pescador”, su mito gemelo el de Aladdín o “Alah-ddhín” (el “jina” bueno o “jina de Alah”, como otras veces hemos dicho) es de los más fundamentales del gran libro de Las mil y una noches.

En efecto, un comentario lo debidamente extenso acerca de dicho mito podría dar a este capítulo proporciones de libro.

Por de pronto la historia de Chamseddhín, de Nureddhín y de Bedred-dhín que

dimos a guisa de versión del cuento de “El Pescador”, en el capítulo V, puede pasar por una mera variante de este mito aladinesco, como lo prueban los nombres mismos de aquéllos que no son los de “sol de la religión”, “luz de la religión” y “luna de la religión”, respectivamente, sino de sol, luna y luz del mundo superior y ultrarreligioso: en una palabra, DEL OCULTO MUNDO DE LOS DJINS O JINAS, al tenor de la sublime sentencia que se lee en el texto de Mardrús, y que dice: “cuando tus ojos vean y tus oídos oigan que una persona lleva un sobrenombre, ten presente que, si indagamos como es debido, siempre acabará por surgir a tu asombrada mente el oculto sentido del sobrenombre...” Una prueba más, dicho sea de paso, respecto del profundo sentido ocultista que campea en todas las páginas del gran libro (*).

(*) Las principales variantes que hallamos en el texto de Mardrus son las de Chamseddín, “Sol de la Religión”, y Nureddín (con dos des, no con una, como lo escribe Gallard) o “Luna llena de la Religión”. Por las masoras, sin duda, Bedreddin aparece escrito Badreddín. En cuanto a Beldad, la esposa de Bedreddin, se la denomina Sett-el-Hosn, que viene a significar lo mismo. En el banquete nupcial de ésta se desarrolla una escena entre las damas y Bedreddin Hassan que recuerda no poco la wagneriana del jardín encantado de Klingsor, el mago negro del Parsifal. El nombre de Ajib se da con su acepción de “maravilloso”, correspondiéndose con su inverso de Bija en su alta significación mágica de “germen”, “embrión”, “semilla” de algo superior, invisible para los ojos de los hombres.

Además, la escena fundamental relativa a que entrambos sustituyen al esposo de su amada en la misma cámara nupcial, en los dos cuentos de Nureddín y del de Aladdín es la misma, y ambas se operan por medio de la magia del héroe, magia que no es, por supuesto, la ordinaria de sustitución de un esposo feo y odiado, impuesto por la maldad ajena, por un amante hermoso, noble y apasionadísimo, sino la simbólica de la sustitución de los vicios que acosan a nuestra casta y pura alma, por el único Soberano de ella, que es el Espíritu que al Alma cobija, según llevamos visto en múltiples pasajes teosóficos de esta obra y de otras, cosas todas que sólo pueden ser logradas por los verdaderos y legítimos poseedores de la Lámpara maravillosa y el prodigioso Anillo, o sea, en términos de simbología, “la lámpara”, que nos da el Conocimiento y “el Anillo”, que nos otorga los tesoros del deseo, o mejor dicho, del Amor.

Pero, ¿dónde obtener esa “Lámpara” y ese “Anillo”?, nos preguntaremos con el lector. Y el mito contestará por nosotros, diciéndonos: –¡En la “cueva” de la Iniciación, en el “antro” de Aladdín!”

Sí. Quien haya hojeado no más nuestra obra De gentes del otro mundo y su apéndice El libro que mata a la Muerte o libro de los Jinas, habrá podido advertir que toda ella no es efectivamente otra cosa que un amplísimo comentario al mito de Aladdín. Allí se ven la famosa “piedra cúbica”, “patera” o losa que cierra, en un relato apasionadamente interesante del coronel Olcott, la entrada al mundo de los jinas, mundo al que un bondadoso maestro de escuela es llevado por un “jina”, discípulo suyo, previo juramento de silencio que luego no cumple y que le cuesta la vista(1); los subterráneos misteriosos con tesoros a los que nadie, “que no posea la lámpara del verdadero Conocimiento”, puede tocar, por estar ellos defendidos por

elementales tremebundos, los clásicos “dragones” de todas las leyendas y que son, en efecto, algo más que “monstruos de pesadilla”, monstruos, Fafner, a quien sólo puede vencer sin peligro la inocencia del candidato a héroe, el Aladdín, el Sigfredo, el Olinos, el Hércules y demás excelsos protagonistas de este drama, siempre el mismo a través de la leyenda universal.

(1) Para los que no conozcan dicho relato, le transcribiremos también aquí :

“Un sabio y pobre mulví vivía en Gharipur, hace algunos años y, falto de recursos, tenía una escuela de niños. Entre sus alumnos se encontraba un chicuelo muy inteligente, respetuoso con su profesor, a quien, de cuando en cuando, solía traer obsequios. Cierta día le trajo el chico al profesor una dulcera preciosa, de parte de su madre.

El maestro le dijo entonces que desearía ofrecer sus respetos de gratitud a su familia, y el chico respondió que se lo diría a sus padres y le traería la respuesta. A la mañana siguiente, habiendo recibido una contestación favorable, se vistió el maestro con sus mejores galas y acompañó al alumno hacia su casa. Este último salió de la ciudad guiando y caminó algún tiempo por la campiña, pero como, al cabo de mucho caminar, no se divisara casa alguna, el maestro comenzó a inquietarse y le pidió explicaciones al chico, quien le dijo que estaban llegando a su casa, pero que antes de introducirle en ella, tenía un secreto que confiarle; es a saber, que él, el chico, era de la raza de los djinns (los jinas o jainos) y que iba a ser para el maestro un gran honor el ser recibido en la ciudad oculta de sus mayores. En el acto hizo jurar el chico a su maestro que por nada ni a nadie revelaría el camino que conducía hasta allí, porque si faltaba a su promesa quedaría irremisiblemente ciego. El mulví prestó el juramento pedido por su discípulo, y éste, levantando una tapa o piedra que había pasado inadvertida en el suelo hasta entonces, mostró una escalera que se internaba en las entrañas de la tierra y que conducía a la ciudad de los djinns. A los ojos del mulví todo era en ella semejante al mundo superior; calles, almacenes, carruajes, danzas, músicas. El padre del chicuelo recibió cordialmente al invitado, y la intimidad, comenzada así, continuó por muchos años con gran satisfacción y provecho del profesor. Los amigos de éste se admiraban de su prosperidad y acabaron por persuadir al pobre badulaque del mulví a que les enseñase el camino que conducía a la ciudad misteriosa. Sin embargo, en el momento mismo en que él maestro iba a revelar el secreto, a pesar de su juramento, quedó repentinamente ciego”. Esta ciudad subterránea de los djinns trae a la memoria el relato de Bulwer-Litton, en su Raza Futura, mostrando con ella un origen legendario común.

Y en los eternos jardines encantados de tamaño mito siempre aguardan también, como a Parsifal en el del negro mago Klingsor, las más peligrosas seducciones de oro y de pasión, seducciones contra las que sólo está capacitado para resistir quien lleva en sus venas sangre de héroes, ora sea la de Sigmundo y Siglinda de La Walkyria; ora la del “sastre” Mustafá, sastre, por supuesto, que no es tal “sastre”, sino un iniciado también, es decir, un conocedor de los sagrados “shastras” o cánticos mágicos, tanto en su significación simbólica cuanto en el ritmo o mantram con el que hay que cantar sus estrofas, en los Vedas y en los demás libros sagrados de la veneranda antigüedad, escritos para poesía, canto y música.

Y que la “lámpara” y el “anillo” en cuestión tienen a su servicio un genio obrador de maravillas, no cabe la menor duda. Si no bastasen, en efecto, a demostrarlo los prodigiosos frutos de la lámpara del conocimiento, o sea la mera Ciencia, que dicen los orientales, “la Doctrina del Ojo”, ahí están bien patentes sus poderes en forma de otros tantos descubrimientos con los que la ciencia de los modernos Aladinos han esclavizado las fuerzas naturales a su albedrío. Pero, ¡ay!, que por grandes que ellos sean, aún son más sorprendentes los que lograrse pueden con el Anillo del Amor, desposándose mediante él con el Hada misma poseedora de tales fuerzas, o sea con la Naturaleza, porque, como se ha dicho más de una vez, “quien logra conocer a la Naturaleza por la magia del amor”, identificarse con sus leyes soberanas, logra también, ipso-facto, que la Naturaleza misma le preste obediencia y se le rinda a su albedrío... La negra magia del egoísmo y del vicio, “en los primeros momentos”, pueden conseguir aparentemente lo mismo, cual el perverso mago africano del

cuento aladinesco consigue con los “humos negros” de su necromancia, hallar, sí, el camino del subterráneo, y hasta descubrir la piedra blanca que le recubre, pero de ningún modo penetrar en él, porque, si penetrase por su desgracia, le costaría la vida, ya que tales “humos negros” de las evocaciones de los magas perversos tienen siempre limitados sus poderes: “el mal no prevalecerá”, que siempre se ha dicho(1).

(1) Todos los detalles del acto del africano con Aladín son de la necromancia más perfecta: primero al encender el fuego con pedernal y eslabón, no por el rayo de sol sobre la gema, o por el frote de los dos maderos consabidos; después al producir los tales “humos negros”, o “lunares”, ya que, como dicen los primitivos mexicanos, la luna en menguante es “el espejo negro que humea”. Curiosísimo es sobre este particular de los “humos negros de la Luna” el pasaje que nos relata Olcott al final del capítulo IV, Serie I, de su Historia auténtica de la S. T., pasaje bien digno de ser muy leído por los teósofos.

¡Cuán admirable filosofía la del cuento de Aladino!: el joven, como cuantos desdichados hermanos suyos nos debatimos en las miserias de este mundo, puede perder “la lámpara del conocimiento”; olvidar la virtud del “anillo del místico amor”, pero, si se sienta un sólo momento como el Buddha a la sombra del “Arbol sagrado” de la tradición, puede recordar de nuevo lo que olvidara –“dioses sois y lo habéis olvidado”, dijeron Platón y Jesús– y recordándolo, volver a obtener el Conocimiento perdido, o sea “recobrar la lámpara robada”, al tenor del sublime simbolismo del mito.

Otra ventaja no menor logra el hombre así despertado de nuevo a la inefable “Luz” de la consabida “lámpara”, y es la de poder con ella desenmascarar infaliblemente a las hipócritas y nefastas “Fátimas” que pululan impías y con máscara de religiosidad por el mundo, Fátimas que nunca aconsejan bajo sus embustes de falsa piedad sino que colguemos de la cúpula del palacio de nuestra Mente el Huevo-Roc, o divina “Semilla” de la enseñanza de nuestros Maestros, cual aquellos hipócritas fariseos del Evangelio que, bajo pretexto de mayor luz, la escondían bajo el celemín, dejando en tinieblas espirituales y mentales a los humanos infelices...

Aladín logra el poder, la riqueza, la fama, todo, en fin, cuanto puede ser ansiado en el mundo, hasta la mano misma de Badrul-Budur, la princesa lunar de sus ensueños, paseada, como en el mito de Lady Govira, por toda la población, sin que nadie pueda, quiera o deba verla, pero esta posesión no es permanente, porque se debe en parte a ajeno poder: el de la lámpara y el del anillo, pero no ha sido lo bastante merecida, ya que no ha mediado para ello “el dolor” y “el sacrificio”. Por esta razón, el Destino o Karma, quiere en el cuento, bajo la forma de un descuido materno que hace cambiar la fea lámpara maravillosa por otra aparentemente más hermosa, que Aladino, como la Psiquis de la leyenda de Apuleyo, tenga que vagar errante por el mundo en demanda de su amor y que, tras mil eventos desgraciados, consiga el verse de nuevo al lado de su amada, gracias a que, aunque había perdido la “lámpara” o sea “el Conocimiento iniciático”, conservaba felizmente el “Anillo de la Virtud o del Amor”, con el que todo, en efecto, puede recobrase y se recobra, pues que decirse puede, parafraseando a Rafles en cierto drama policiaco que ha

hecho furor en nuestros días: “dinero perdido, ¡nada perdido!” ciencia perdida, ¡mucho perdido!; corazón perdido, ¡todo perdido!, cosa que la historia además se encarga de demostrárnoslo mil veces, haciendo resurgir a pueblos que, como Aladdín, supieron conservar en sus desgracias el tesoro de su espiritualidad, mientras se sepultaron todos aquellos otros que no quisieron o no pudieron conservar un tesoro semejante, que vale por todos los demás del mundo.

Y ¡cosa admirable!, los dos momentos más típicos de la Iniciación aparecen claramente consignados en el cuento; Aladdín logra, sí, mediante su anillo, el verse transportado al Palacio de las Maravillas y colocado en el lecho nupcial al lado mismo de su amada en sustitución del odioso esposo que a ésta le había designado su padre, pero entre ambos jóvenes aparece, como en todo el simbolismo del caso, la espada flamígera de la castidad, sin la cual aquel gran Misterio de misterios no puede operarse.

Pero este asunto, así como otros que derivan, merece tratarse en otro lugar con toda la detención debida, como habremos de hacerlo al ocuparnos de los numerosos cuentos derivados del mito de Aladino.

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna